

El título de arriba es una frase que pertenece a una enferma mental que trataba el psicólogo francés Pierre Janet; la enferma se negaba a leer porque, afirmaba: "un libro que se lee se ensucia".

Detrás de esta frase, tal como ya lo notó Blanchot, hay toda una teoría acerca de la lectura, del texto y del lector. Ustedes tienen como tarea desentrañar cuál es esa teoría y escribir un texto que la explique. Para ello cuentan con la información que aparece en los textos expositivos que aquí les presentamos y con todas las reflexiones que suscitaron las actividades realizadas. Si utilizan palabras de otro autor, no olviden citarlo de la manera apropiada.

"La lectura no es una conversación, no discute, no interroga. Nunca pregunta al libro, y menos aún al autor: '¿Qué has querido decir, exactamente? ¿Qué verdad me aportas?' La verdadera lectura no discute nunca el libro verdadero, pero tampoco es sumisión al "texto". Solo el libro no-literario se ofrece como una red fuertemente tejida de significaciones determinadas, como un conjunto de afirmaciones reales."

M. Blanchot, *El espacio literario*, Buenos Aires, Paidós, 1992.

El lector y sus límites, por Beatriz Sarlo

Pocos piensan hoy que el significado de un texto se fija en el momento de su escritura y queda inmóvil e idéntico a sí mismo para siempre [...].

Si algo nos demuestra la historia de la literatura, de las ideas o de las religiones es que **los libros (incluso los libros "sagrados") cambian como paisajes iluminados por luces diferentes, recorridos por sendas que cada uno va inventando según sus deseos, sus destrezas y sus límites.** Cada lector encuentra su perspectiva favorita, desde la que organiza el espacio y da sentido a cada uno de los elementos: desde algunas perspectivas, el paisaje puede verse completo, desde otras, solo se perciben los detalles más próximos o los más evidentes. El recorrido por el paisaje-texto se hace como se puede, es decir, con los saberes que se han aprendido antes, en esos otros escenarios que son la escuela, la vida cotidiana, las relaciones sociales y económicas, las experiencias más públicas y las más secretas.

[...] La libertad de los lectores no es siempre la misma: en algunas épocas, los textos ejercen más poder e indican de modo más fijo cómo son las condiciones de uso; en otros momentos, la libertad de los lectores es pensada como un ejercicio sin límites ni condiciones. **Como sea, nunca puede anularse del todo la posibilidad de que los lectores**

realicen recorridos privados y secretos en el paisaje de los textos; las lecturas herejes no desaparecen nunca, aunque los guardianes de los textos quieran defenderlos de las invasiones de lectores "indeseables".

¿Quiénes son los guardianes? Depende: a veces un sistema político, a veces una iglesia, con frecuencia los propios autores de textos o los críticos que escriben sus interpretaciones y se figuran que ellas son preferibles.

Ahora bien, ¿se puede hacer cualquier cosa con un libro?, ¿se puede recorrer de cualquier modo el paisaje de sus signos? Evidentemente, no. [...] los lectores encuentran en los libros [...] configuraciones que ofrecen su propia resistencia [...].

Las lecturas enfrentan límites definidos por lo que los lectores saben y pueden hacer con lo aprendido en otros lugares (en la vida, en textos anteriores, en la escuela). [...]

Entonces, el ejercicio de la lectura remite a otros ejercicios; el de la diferencia social en los gustos y las habilidades. No hay una democracia de los textos donde todos somos iguales; por el contrario, hay clases de textos y clases de lectores donde la desigualdad ha plantado, de antemano, sus fronteras.

Clarín, Buenos Aires, 19 de enero de 1995 (fragmento)

La representación que nos formamos de un texto en la memoria se relaciona con mucha otra información que ya está almacenada en la memoria (conocimiento de la lengua, conocimientos sobre situaciones típicas como viajar en colectivo, conocimientos especializados adquiridos previamente, etc.). Pero el contenido que proviene del texto no interactúa solo con la información almacenada, sino también con otros factores: los intereses del lector oyente, el objetivo de la lectura, la actitud general frente al productor textual, los valores, los deseos, las creencias, las necesidades y las preferencias del lector. Estos factores determinan la clase de información que seleccionamos, acentuamos, ignoramos, transformamos, etc., en cada acto de lectura particular. Esto explica el hecho de que cada lector, cada oyente de un texto comprenda por lo menos una mínima parte del discurso de manera distinta, de modo que las representaciones reales del mismo texto serán en parte diferentes para los diferentes usuarios de la lengua. Sin embargo, estas diferencias individuales permanecen dentro de ciertos límites de la interacción social; de otra manera, la comprensión mutua sería imposible. Cualquiera sea el lector, él conoce las reglas convencionales para la asignación de sentido al texto, por lo que estará de acuerdo, por lo menos en parte con los demás, en cuanto a los temas globales del texto.

Adaptado de T. van Dijk, *Estructuras y funciones del discurso*, México, Siglo XXI, 1996.

